



De la ilusión del progreso a la gran
reclusión: colapso civilizatorio y
extravía del futuro

Isaac Enríquez Pérez

De la ilusión del progreso a la gran reclusión: colapso civilizatorio y extravío del futuro

Por Isaac Enríquez Pérez

*“No eres una criatura humana en una aventura espiritual,
sino una criatura espiritual en una aventura humana”*

(Pierre Teilhard de Chardin).

Introducción

La crisis de sentido en las sociedades contemporáneas es un proceso arraigado en sus prácticas, organizaciones, instituciones y cotidianidades. Tiene sus raíces en la erosión y pérdida de referentes ideológicos y axiológicos, así como en la entronización del mantra del mercado y del *individualismo hedonista*. Particularmente, el socavamiento para imaginar y proyectar el futuro es el telón de fondo de esta crisis de sentido en la cual las élites políticas e intelectuales se tornan incapaces de crear y recrear proyectos alternativos de sociedad. De ahí que el capitalismo se queda sin referentes y sin mecanismos suficientes de legitimidad, que –en su conjunto– le dan forma a un *colapso civilizatorio* que cimbra los fundamentos del edificio de la sociedad moderna gestada en Europa y extendida a través de los procesos de occidentalización del mundo y de *implantación deformada* de sus instituciones.

La pandemia suscitada a lo largo del 2020 viene a acelerar estos procesos históricos tras configurarse en un hecho social total que entrelaza múltiples crisis acumuladas y profundizadas a lo largo de las últimas cuatro décadas. En tanto crisis sistémica y *ecosocietal*, la pandemia sintetiza de manera inédita distintas aristas de ese *colapso civilizatorio*. De ahí que el presente cuaderno de investigación tenga como objetivo ahondar en algunas de esas expresiones que consideramos relevantes para *interiorizarnos* en la misma noción de *colapso civilizatorio* radicalizado con la pandemia.

Entre esas manifestaciones, se hará referencia a los rasgos centrales que le dan forma a este *colapso civilizatorio*; al ingrediente complementario que agrega el asalto experimentado por la palabra y la difusión masiva de las ideologías de la conspiración ante la debilidad de explicaciones fiables, válidas y que respondan a las grandes preguntas que plantean los ciudadanos de a pie; a las nuevas significaciones que asume el miedo como dispositivo de control sobre el cuerpo, la mente, las conciencias y la intimidad de los individuos; a la ruptura de los mecanismos de cooperación internacional y a la retracción de los Estados sobre sí mismos y a la erosión de la espiritualidad en las sociedades contemporáneas.

En última instancia, lo que se pretende con este cuaderno de investigación es explorar una serie de temáticas que pueden complementar el libro titulado *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus. Miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, editado recientemente por el Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas. No sólo se actualizan los temas abordados en el libro sino que se exploran otras aristas de la pandemia con el fin de abonar a las mínimas explicaciones e interpretaciones respecto a las rupturas epistemológicas ahondadas con la pandemia, así como de estimular los debates en torno a la construcción de las decisiones públicas ante un contexto preñado por el vértigo, la volatilidad y la incertidumbre.

La pandemia no es un hecho aislado, sino una manifestación acabada del colapso civilizatorio contemporáneo.

Concebida como un *hecho social total* y como una red de sistemas complejos, la pandemia trastoca la lógica de las estructuras sociales y de las prácticas cotidianas de las sociedades contemporáneas. Como *crisis epidemiológica global*, la pandemia evidencia las grietas de la *ilusión del progreso* como proceso civilizatorio inaugurado con la modernidad europea desde el siglo XVIII. La noción de bienestar social generalizado derivado de manera automática tras alcanzarse el progreso material e individual (la sociedad como sumatoria de individuos atomizados) no solo fue eclipsada, sino vaciada de contenido al gestarse un desanclaje entre la abundancia de bienes y servicios, el avance tecnológico y la enfermedad como principal condicionante de la vida humana. A este dislocamiento se suman las amplias posibilidades de una sexta extinción tras agravarse la contradicción sociedad/naturaleza regida por el modelo del crecimiento económico ilimitado, la devastación de la flora y la fauna, y la vocación expansiva del capitalismo. De tal modo que, en su conjunto, estos procesos le dan forma a un *colapso civilizatorio* de amplias magnitudes en el contexto de la radicalización de la era de la incertidumbre y de las contradicciones propias de las sociedades capitalistas.

Este *colapso civilizatorio* hunde sus raíces en la *crisis de sentido* que asedia a las sociedades occidentales desde el desmembramiento de la Unión Soviética. La incapacidad de las élites políticas e intelectuales para soñar, imaginar y proyectar el futuro y los modelos de sociedad alternativos se relaciona con la crisis del liberalismo como ideología consustancial a la génesis y expansión del capitalismo en tanto modo de producción y proceso civilizatorio. Las promesas incumplidas de la ideología liberal y de su programa político enarbolado por el Estado moderno ampliaron el desencanto en torno a las contradicciones del capitalismo al tiempo que sentaron los cimientos para el *destierro del pensamiento utópico* y el eclipsamiento de la política como praxis humana capaz de construir sentido y resolver los problemas públicos experimentados por los ciudadanos. 1968 fue el punto de quiebre y 1989 fue el inicio de la profundización de esta *crisis de sentido* a escala planetaria. En tanto que 2020 -con la *crisis epidemiológica global*- es el año en que se acelera un drástico cambio de ciclo histórico que reconfigura a los Estados y la forma de organizar el capitalismo, las relaciones económicas y políticas internacionales e incluso el ejercicio de la intimidad, la espiritualidad y las maneras de canalizar las emociones ante el miedo.

El telón de fondo de este *colapso civilizatorio* es la desigualdad extrema global que le da forma a una *sociedad paradójica* donde el maremágnum de innovaciones tecnológicas y el vértigo de la abundancia conviven con la pobreza, la masificación de la enfermedad y la exclusión social. De ahí que la pandemia sea una *fábrica global y masiva de naufragos* que amalgama múltiples flagelos sociales, segrega marginados y profundiza el avasallamiento sobre la clase trabajadora.

Los mismos expertos de entidades como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) auguran que lo peor de la crisis pandémica contemporánea está por llegar para los más pobres entre los pobres y para los analfabetos digitales, especialmente por las insuficiencias y deficiencias de las redes de seguridad social que no evitarán la suma de un contingente masivo de 176 millones de nuevos pobres (<https://bit.ly/3hQoF62>).

En consecuencia lo que se entreteje con ello y como una manifestación del *colapso civilizatorio* es la inoperancia y postración del Estado que -en medio de su crisis de legitimidad- torna inviables y rebasadas sus decisiones, medidas de política pública e intervenciones, especialmente de aquellas naciones regidas por el imperativo de la austeridad fiscal y la *utopía del mercado autorregulado*.

Una manifestación más del *colapso civilizatorio* relacionado con la pandemia lo representa la *lapidación de la palabra*.

Sometida a la *tergiversación semántica*, la palabra y las significaciones y valores –sean modernos o los propios de la(s) alteridad(es)– que entraña fueron diezmados por la vorágine de la construcción mediática del coronavirus y la desinfectodemia que acompaña al apocalipsis mediático en la configuración y el encauzamiento del miedo y de las emociones ante un patógeno que es asumido como un “enemigo común”. Si la palabra sustentada en la razón fue uno de los principales cimientos del movimiento de la llamada modernidad europea, con la pandemia fue dinamitada en su potencial para construir significaciones, sentido ante la realidad y explicaciones razonadas en torno a las grandes preguntas y problemas sociales. En este escenario, *la palabra vaciada de sentido* es usada para la normalización de la crisis y de las catástrofes que le son consustanciales. Particularmente, con la *tergiversación semántica* se perfiló una falsa disyuntiva: la salud o la economía, supeditando acríticamente todo lo demás a esa dicotomía y perfilando con ello una nueva modalidad de instituciones públicas: el estado *sanitizante o higienista*, dotado de importantes componentes *hobbesianos* mediante los cuales el ciudadano o súbdito pretende protegerse de los peligros y acechanzas que le impone un entorno adverso y que atenta contra su integridad física y su vida.

Otro rasgo del actual *colapso civilizatorio* acelerado con la pandemia es la magnificación de la centralización y concentración del conocimiento científico, tecnológico y sanitario. Movidas por el afán de lucro y ganancia, las grandes corporaciones del *big pharma* entronizaron la idea de que la solución ante la presente crisis epidemiológica global es única y exclusivamente la vacuna. En torno a su invención y patentes se despliegan disputas comerciales, interempresariales y geopolíticas que evidencian el hecho de que la ciencia no está al servicio de los pueblos, sino que dichas disputas son parte consustancial de la configuración y expansión de las estructuras de poder, riqueza y dominación.

El potencial dispositivo antiviral no está exento de las jerarquías, asimetrías y correlación de fuerzas de las sociedades contemporáneas. Así como tampoco lo están las decisiones bioéticas en torno a quiénes salvar cuando se carece de respiradores artificiales. El mismo triage social jerarquiza, disciplina y discrimina a través de algoritmos computarizados quién vive y quién muere en el marco de la pandemia, quién goza y quién no de los servicios médicos indispensables para enfrentarla, quién ocupa o quién no una cama de hospital ante la saturación y colapso de los servicios sanitarios. La necesidad de atemperar la incertidumbre se engarza con los dispositivos de poder y control y con la ideología médica alejada de toda consideración bioética. Entonces, si el Estado es incapaz de tomar decisiones y de movilizar recursos para garantizar la preservación de la vida de los súbditos, se abre la brecha en torno a los valores civilizatorios que le dieron forma en Europa desde los siglos XVI y XVII.

De ahí que este *colapso civilizatorio* redunde en una crisis institucional que evidencia el agotamiento de la política como praxis adecuada para solucionar los problemas sociales. *La privatización de facto* de los sistemas sanitarios y la insuficiencia de inversiones públicas para brindar servicios oportunos y de calidad son el botón de muestra de esa incapacidad de los Estados y de la escasez inducida provocada por la austeridad fiscal de las últimas décadas.

La *entronización de la sociedad de los prescindibles* y de la cultura del descarte se abre paso con la pandemia y sus mecanismos de clasificación y segregación de los marginados. Al tiempo que evidencia que los muertos de la pandemia son muertos drenados por la misma desigualdad del capitalismo y forman parte de una *economía institucionalizada de la muerte* que se fundamenta en el entumecimiento psicológico (<https://bbc.in/3Oo64rn>), el olvido y la desmemoria.

La misma crisis epistemológica evidenciada ante la pandemia por las mismas ciencias y las humanidades permite entrever el colapso civilizatorio a partir del agotamiento de los grandes relatos y de los discursos que brindaron explicaciones e interpretaciones acordes con la necesidad de construir certezas en sociedades regidas por el pensamiento y los valores modernos. Es una crisis de las *significaciones que nos coloca como sociedad en el umbral de la orfandad intelectual*.

De ahí que la pandemia nos impone la urgencia de pensar en tiempo real. Urgencia planteada como un desafío para cualquier modalidad de reflexión y ejercicio del razonamiento en las sociedades humanas; más lo es para las ciencias sociales y el despliegue del *oficio de la investigación*. La pandemia, en tanto *hecho social total*, impone ese desafío a los convencionalismos, metodologías y prácticas cotidianas de la academia universitaria. En tanto manifestación acabada de una *crisis sistémica y ecosocietal*, la pandemia no solo rompe con la ficción de un mundo preñado de certezas, sino que nos conduce por los vericuetos de un *colapso civilizatorio* que lo mismo conjuga una *crisis de sentido con el fin de las certidumbres y con la confusión epocal* suscitada por el maremágnum de acontecimientos que se aceleran con la *crisis epidemiológica global* y que se entrelazan con las decisiones estratégicas y los intereses creados que le dan forma a las transformaciones del capitalismo contemporáneo.

El desafío de *pensar en tiempo real*, en el marco del uso *público de la razón* desplegado desde la academia y otros ámbitos de construcción del pensamiento, supone engarzar la reflexión sistemática con el proceso de toma de decisiones en las distintas escalas territoriales -desde lo local/regional hasta lo global-.

Ello no solo es un imperativo para comprender a cabalidad el carácter multidimensional y los rasgos de sistema complejo que adopta la pandemia y el mismo *confinamiento global*. Comprender, explicar e interpretar las manifestaciones y alcances múltiples de la pandemia amerita la convergencia de variadas miradas que desentrañen su esencia, contradicciones y senderos. De ahí la urgencia de *pensar en tiempo real* y de desplegar el ejercicio de la investigación interdisciplinaria que reivindique al conocimiento como una construcción social y como una praxis íntimamente relacionada con la creación de escenarios, las decisiones públicas y los procesos de planeación expuestos –cada vez más– a la intensificación de los procesos de globalización. Este ejercicio es más apremiante aún de cara a una especie de *destierro autoimpuesto de la academia*.

De cara al *colapso civilizatorio* acelerado con la *crisis sistémica y ecosocietal* entrañada en la pandemia, las posibilidades que abre el ejercicio del pensamiento crítico se engarzan con la magnitud de los problemas sociales y el cambio de ciclo histórico que se perfila. En ello es crucial la construcción de nuevas significaciones para atemperar los efectos del *consenso pandémico*. Es, en efecto, un tema sanitario, pero también es un tema semántico y propio de la economía política que atraviesa los alcances y limitaciones de los valores que le dieron forma al proceso civilizatorio de los últimos 200 años. De ahí la importancia de la disputa por la palabra razonada e informada en aras de atemperar el miedo y los dispositivos de control de la intimidad, el cuerpo y la mente de los ciudadanos. Sin una mínima cultura política las sociedades contemporáneas están imposibilitadas para enfrentar y remontar las *ausencias y postración del Estado*, así como las fisuras del proyecto civilizatorio condensado en la modernidad europea y su crisis terminal.

La pandemia, el delirio de la conspiranoia y la lapidación de la palabra.

La pandemia no solo desnudó las múltiples miserias y flagelos de la humanidad, sino que brindó el escenario para vilipendiar y diezmar a la palabra. En medio de esta crisis, la construcción de significaciones se tornó un terreno minado y expuesto a las disputas propias de los senderos del poder y el ejercicio de la dominación.

Subsumida por la pulsión y defenestrada por el rumor y la mentira, la palabra en la *era de la pandemia* experimenta una pérdida de sentido al engarzarse con el miedo y con las posibilidades de control del cuerpo, la mente, la conciencia y la intimidad.

Lapidada por el instinto y la emoción, la palabra regida por la post-verdad gesta una realidad paralela al propio curso contradictorio de la pandemia. Repetidos una y otra vez esos argumentos infundados, se entronizan como discurso hegemónico que rige perspectivas, posicionamientos, decisiones, cursos de acción y comportamientos.

Esos son los vericuetos de las ideologías de la conspiración. Instalada como un discurso que aprovecha la indiferencia, el *individualismo hedonista*, el social-conformismo y el *síndrome de la desconfianza*, la conspiranoia aprovecha la desinformación de las audiencias y el destierro de la razón como fundamento de la representación de la realidad. El negacionismo es consustancial a esta conspiranoia y sus ideas infundadas no respetan signo ideológico. Sea desde el progresismo, el conservadurismo o sus extremos, la irresponsabilidad aflora en sus posicionamientos y dichos. De ahí que las redes sociodigitales –aptas para la trivialización y efímeras en esencia– sean el escenario apropiado para la radicalización de estas ideologías. Aunque existieron a lo largo de la historia –y desconocemos a ciencia cierta su grado de influencia– lo inédito del *pensamiento conspiranoico contemporáneo* es el generalizado desdén por la razón y la amplia desconfianza en las instituciones como parte de la crisis de la política en tanto praxis transformadora de la realidad social.

Con la pandemia, las ideologías de la conspiración tienden a difundirse con mayor intensidad debido al raptó de la palabra desplegado por la *industria mediática de la mentira*, la connivencia de los gobiernos y de los organismos internacionales, la generalizada ignorancia y la débil cultura ciudadana de las poblaciones.

La constante de estas ideologías conspiranoicas es apelar –en sus explicaciones– a intereses espurios, ocultos y perniciosos que manejan tras bambalinas los hilos de todo cuanto ocurre. El escepticismo y la suspicacia se impone al argumento razonado. La “verdad” que subyace en estas ideologías contribuye –con su deformación y distorsión de la realidad– a la *tergiversación semántica* y se nutre del malestar en el mundo y con el mundo. A esta *era del desencanto y la desilusión* contribuyen también el colapso de los partidos políticos como mecanismos efectivos de mediación entre la sociedad y el Estado, así como la crisis de las ideologías y la esclerosis de los meta-relatos (liberalismo, conservadurismo, socialismo, socialdemocracia, etcétera) que ayudaban a representar el mundo y a verberar posibles soluciones frente a las múltiples problemáticas. Ante este vacío, se gesta una *orfandad ideológica* que, en medio de la crisis sistémica y ecosocietal que entraña la pandemia, conforma ciudadanos ávidos de respuestas simplificadas y mínimamente convincentes.

El mismo *destierro del pensamiento utópico* coadyuva a los vacíos ideológicos contemporáneos en el contexto más amplio de la postración y derrota de la acción colectiva y de la capacidad de movilización de la sociedad.

La pandemia es un sistema complejo dotado de múltiples manifestaciones e interrelaciones y, como tal, desborda los alcances reflexivos y la imaginación del ciudadano común e, incluso, de periodistas y demás miembros de la comentocracia. De ahí que las ideologías de la conspiración sean un bálsamo en medio del desamparo dado por la falta de explicaciones respecto a lo que ocurre y por qué ocurre. Con esas explicaciones e interpretaciones simplificadoras de la realidad, se pretende desvelar la maldad y la secrecía de los individuos y grupos de intereses creados a los que se les endilga el control de los acontecimientos.

La misma atomización del ciudadano y su deambular pasivo por la *plaza pública digital* -regida por la *ignorancia tecnologizada*- son el caldo de cultivo para magnificar los impactos de las ideologías de la conspiración. Y ello se complementa con las múltiples *ausencias* del Estado y la pérdida de control de las instituciones públicas en torno a diversos problemas sociales y a los cauces que siguen las sociedades nacionales. Los ciudadanos tampoco disponen del control sobre las distintas aristas de su vida y su futuro. De ahí también *la orfandad ciudadana* y la urgencia de respuestas simplificadas y de mínimas certezas que contribuyan a construir sentido respecto al mundo y su devenir.

La confusión epocal que rige a las sociedades contemporáneas amplía los márgenes de extravío e impotencia respecto a los problemas públicos que les invaden. El ciudadano común no solo se encuentra distante y desarraigado de la praxis política, sino que asume con resignación abismal la imposibilidad de transformación de sus sociedades. A esta claudicación en la construcción de escenarios alternativos de sociedad, se suma la limitada capacidad -también entre las élites políticas e intelectuales- para explicar el por qué y el cómo del funcionamiento de la realidad social. Es en esas circunstancias que las ideologías de la conspiración toman nuevos bríos para orientar la percepción y construir significaciones en torno a la pandemia y *el confinamiento global*.

En las ideologías de la conspiración subyace la lapidación de la reflexión fundamentada y del pensamiento filosófico. Esto último contribuye a la *pérdida de rumbo* y a la carencia de referentes que contribuyan a la explicación razonada sobre el comportamiento y contradicciones de la realidad social.

La conspiranoia tiene múltiples aristas en el contexto de la *crisis epidemiológica global* y, pese al negacionismo de algunas de ellas, sin proponérselo apuntalan el *consenso pandémico* y terminan por no cuestionar las estructuras de poder y dominación que le subyacen. Que el nuevo coronavirus fue una creación artificial –a través de ciertos artilugios– en laboratorios con la finalidad de implantar armas biológicas de exterminio masivo. Que esas armas biológicas fueron inoculadas por agentes estadounidenses en los 7° Juegos Mundiales Militares organizados por el Consejo Internacional del Deporte Militar (CISM) en Wuham (China) durante el mes de octubre de 2019, con la finalidad de neutralizar el poderío de la nación asiática. Que el coronavirus SARS-CoV-2 escapó del laboratorio de un instituto de investigaciones radicado en el mismo Wuhan. Que la pandemia es una "farsa" más de la oposición demócrata (Donald Trump, dixit). Que Bill y Melinda Gates promueven una campaña global de vacunación para implantar microchips que faciliten el control sobre los ciudadanos. Que la tecnología móvil del 5G se usa para propagar el virus. "¡Nos quieren matar!... ¡que nos dejen vivir!", espetó en sus redes sociodigitales –para luego retractarse– el cantante Miguel Bosé ante el uso obligatorio de la mascarilla y demás medidas sanitarias estipuladas por el gobierno español. Estas son sólo algunas consignas que ilustran el sentido y los alcances de los discursos ideológicos impregnados de la noción respecto a una conspiración maniquea.

El tema de la posible vacuna para atender el Covid-19 es sintomático de las posturas conspiranoicas. No sólo se apela a la idea de que es un dispositivo para el control bio/tecnológico, sino que se insiste en algo tan obvio como las fortunas que amasará el llamado *big pharma* con su producción y comercialización masivas. El desdén generalizado por el anuncio ruso de la vacuna Sputnik 5, si bien trasluce las disputas geopolíticas en torno a la hegemonía del sistema mundial y la lucha por las ganancias por parte de las empresas farmacéuticas chinas, europeas y estadounidenses, se presta para la suspicacia y el rumor. Ante esto, los gobiernos no son capaces de garantizar el mínimo sentido de protección y cuidados en torno al tratamiento del coronavirus SARS-CoV-2 –incluyendo su vacuna– dejando abierta la puerta a la especulación, al rumor y a la mentira. El problema de fondo es la *postración del Estado* y la consecuente entronización de la industria farmacéutica privada en las posibilidades para desplegar la investigación básica, la producción y la distribución de las vacunas.

Esta incertidumbre y desconfianza se observa en las marchas anti-cuarentena realizadas en Buenos Aires a mediados del mes de agosto y en la posición mostrada durante esas protestas por una nonagenaria asistente: "ojalá tengamos vacuna, pero no una que te impongan.

Quiero elegir. Si me guío por lo que dicen, está en manos de corruptos. Quiero elegir la vacuna que me puedo poner" (<https://bit.ly/31IWOG4>).

En suma, al vendaval de incertidumbre arreciado con la pandemia, se suma la ampliación de los márgenes de todo aquello que desconocemos y ante lo cual buscamos, con urgencia, explicación alguna. *La vorágine de destrucción societal* emergida en este contexto, obliga a esas respuestas, pero la intensificación del *fin de las certezas* que se cierne, dinamita toda posibilidad de un conocimiento mínimamente acabado respecto al mundo fenoménico y sus cataclismos. La nueva peste es un fenómeno global, pero la misma globalización está preñada de incertidumbre, contingencia y riesgos. De ahí el margen de desconocimiento y de impotencia ante lo imprevisible. Son los signos de un cambio de ciclo histórico en el mar de un *colapso civilizatorio* de amplias proporciones.

Sólo la formación y expansión de la cultura ciudadana puede erigirse como el antídoto efectivo ante el virus conspiranoico. El acceso a información fiable y contrastada es el fundamento para atemperar los impactos de la post-verdad; sin dicha información, el ciudadano queda a expensas del rumor y la mentira. Más aún, resulta una urgencia la construcción de discursos que apelen a la comprensión pormenorizada y profunda del funcionamiento de la sociedad y de sus consustanciales contradicciones y relaciones de poder. Se trata de un esfuerzo colectivo que parta de comunidades de enseñanza/aprendizaje capaces de vincular el conocimiento con la praxis política. Solo así será revertida la *confusión epocal* y el extravío de las sociedades y de los ciudadanos en el propósito de controlar por sí mismos sus vidas y dinámicas. Pese a la importancia estratégica de la información en la formación de la cultura ciudadana, es necesario ahondar en el miedo como dispositivo que, en el contexto de la pandemia, incide en la construcción del poder y en la modelación del comportamiento de los individuos y de su vida cotidiana.

La pandemia y las significaciones estratégicas del miedo.

Con la pandemia del Covid-19 la vulnerabilidad humana fue amplificadas, y ello se corresponde con la irradiación de una era de la *incertidumbre perfilada* desde lustros atrás. Manejada por las élites políticas y la *industria mediática de la mentira* como un discurso bélico, *la crisis epidemiológica global* es capitalizada por los poderes fácticos para afianzar la percepción de que el coronavirus SARS-CoV-2 es un "enemigo común" al que es urgente derrotar para retornar a una "normalidad" renovada.

La entronización del apocalipsis mediático a través de la desinfodemia, lleva aparejado pulsar los instintos más profundos del ser humano y sembrar en él la sensación del miedo. En este proceso subyace una construcción mediática del coronavirus que exagera las emociones y las pulsiones básicas de las audiencias pasivas y acríticas; al tiempo que aprovecha el rumor y la mentira que deambulan irrestrictamente por las redes sociodigitales y conforman un discurso negacionista y conspiranólico, en lo que es un ejercicio en tiempo real de lapidación de la palabra y de tergiversación semántica. El miedo inducido aflora ante la posibilidad de contagio y muerte y se combina con *la ignorancia tecnologizada y el pensamiento parroquial*.

Por una parte, el miedo se erige en un dispositivo de control del cuerpo, la mente, la conciencia y la intimidad de los individuos y familias. *El confinamiento global, la gran reclusión* y la alteración radical de la cotidianidad sólo fueron posibles instalando el discurso del miedo para aislar y atomizar a alrededor de 5 000 o 6 000 millones de habitantes, aprovechando y/o incentivando en este macroproceso inédito *el individualismo hedonista, la despolitización de la sociedad* y el social-conformismo. De tal modo que el distanciamiento físico devino en un distanciamiento social que fractura el sentido de comunidad y las formas tradicionales de socialización.

La ampliación de las posibilidades de morir ante el asalto de un agente patógeno microscópico asimilado como “enemigo común”, induce el *retorno al Estado hobbesiano* como entidad paternal protectora y defensora de los súbditos ante la posibilidad de zozobra, pánico y vulnerabilidad. El manejo estratégico y geopolítico de la posible vacuna, en cierto modo, se orienta en esa dirección. Particularmente, la humanidad aceptó con docilidad y acríticamente *la construcción biopolítica del miedo*, así como la entronización de la ideología del higienismo y las estrategias propias de lo que se perfila como un *Estado sanitizante*. La relación de esta nueva modalidad de Estado es estrecha con el colapso de la legitimidad de las instituciones estatales experimentada desde 1968.

El miedo marcha a la par de la *dictadura de la mascarilla* y de una especie de *profilaxis* del cuerpo de “el otro”, asumido también como “enemigo” por el recelo y desconfianza que despierta la posibilidad de contagio. De ahí que el miedo no sea una sensación pasajera, sino un dispositivo cotidiano que vertebra la experiencia y los estilos de vida en medio de la *crisis pandémica*.

La humanidad es presa del miedo a un agente patógeno y también se somete al fragor del miedo a lo desconocido y a lo incierto que se instaura con la pandemia.

Desde la pérdida del empleo y el ingreso, hasta la vulnerabilidad que supone la posibilidad de contagio y muerte, colocan a la humanidad ante el abismo de lo desconocido y ello incentiva la intensificación de la angustia y la ansiedad. Si no se conoce el rumbo que tomarán las problemáticas y los acontecimientos, el ser humano carece de una mínima brújula que le oriente en el mar de la incertidumbre.

Sin el dato y su manipulación, la gestación y arraigo del miedo es imposible. El dato es fundamental para afianzar la sensación de vulnerabilidad ante el incremento de la contabilidad en tiempo real. No sólo aumenta el número de contagiados y de muertes, sino también de desempleados, de nuevos pobres y de excluidos como resultado de las decisiones y medidas inducidas de confinamiento que colapsaron las cadenas globales de producción y suministro, así como la demanda de los consumidores. La paradoja en el manejo y difusión masiva del dato radica en que genera, a su vez, indiferencia de las audiencias pasivas o algo que los especialistas en emociones y comportamiento humano denominan como entumecimiento psicológico. El dato y los modelos matemáticos anticipatorios de los contagios y muertes, ligados al *miedo pandémico*, son un dispositivo para incentivar la obscenidad y la curiosidad psicopatológica de las audiencias pasivas y obedientes.

El sociólogo contemporáneo Zygmunt Bauman teoriza en torno a la ubicuidad y omnipresencia de los miedos y los concibe como algo consustancial a la vida de los individuos y a la dinámica de las sociedades. Con la pandemia, el miedo ataca las entrañas de los ciudadanos y el imaginario social; al tiempo que potencia la incertidumbre y amplía los márgenes de vulnerabilidad y expone a los organismos humanos a una mayor morbilidad tras debilitar sus sistemas inmunitarios. Si se ataca el estado de ánimo de los individuos y familias a través del miedo, se magnifican las posibilidades de enfermar y desvanecer la resistencia respecto a los agentes patógenos microscópicos. Entonces, se gestan víctimas emocionales de la angustia, la ansiedad, la depresión, la impotencia y la tristeza. Activados estos trastornos y psicopatologías, el control personal sobre la vida se desvanece y aumentan las posibilidades de muerte entre los afectados. De ahí el carácter criminal y letal del miedo inducido a través de la *construcción mediática del coronavirus*.

El miedo, si bien puede ser una experiencia que ayuda al ser humano a erigir precauciones en su actuar y avatares, también puede ser un dispositivo letal, simbólico y –a la vez– orgánico que inmoviliza a los individuos y poblaciones. En medio de los discursos y estrategias de guerra, el miedo le da forma a los arsenales conformados para enfrentar desde los poderes fácticos toda posibilidad de conflictividad social.

A su vez, el recurso del miedo es utilizado por las élites plutocráticas globales para hacer de la pandemia un discurso inhibitor e inmovilizador de los individuos y colectividades. Es también parte de los discursos de poder de esas élites para encubrir, invisibilizar y silenciar los alcances y contradicciones del *colapso civilizatorio* acelerado durante los últimos meses y del cual son sus principales causantes y beneficiarios bajo la lógica de que el caos permite incrementar las ganancias.

El miedo, cuando es inducido desde las estructuras de poder y riqueza, impone obediencia y hasta sometimiento con el fin de instaurar el control sobre individuos y poblaciones enteras. El *consenso pandémico* amplió las posibilidades a través de la biopolítica, la bioseguridad, la biovigilancia y la geolocalización, en lo que se podrían concebir como nuevas formas de autoritarismo y totalitarismo disimulado con la coartada sanitaria y salvadora.

Para que las sociedades contemporáneas puedan liberarse del *miedo pandémico* necesitan reivindicar el *pensamiento utópico* y el *sentido de esperanza*. Necesitan comprender en su justa dimensión epidemiológica y orgánica al coronavirus SARS-CoV-2, de tal modo que se asuma que, al contraerlo, el contagio no supone –en automático– la enfermedad terminal y la muerte. La letalidad de este patógeno es del 1% y muchos organismos que lo contraigan experimentarán síntomas de una gripe común en tanto que otros se expondrán a ciertos episodios de crisis en su salud. Ello no significa que el nuevo coronavirus no represente amenazas reales; las supone, pero también exige respuestas y estrategias consistentes que desde el sector público contribuyan a remontar la crisis sanitaria a través de la prevención y la detección temprana del Covid-19. Quienes sí ameritan mayores cuidados son aquellos organismos que enfrentan co-morbilidades (diabetes, hipertensión, enfermedades cardiovasculares, obesidad, etc.) y es allí donde resulta preciso canalizar las mayores atenciones de los sistemas de salud. De ahí la importancia de instaurar una *política de la precaución* que se imponga al miedo, la incertidumbre y la desesperanza. Una precaución activa y crítica que permita reconstruir la esperanza y adoptar cuidados en la reorganización de las sociedades y de su cotidianeidad. En esa lógica, recuperar el sentido de comunidad es fundamental y logrado ello sólo la autonomía de esas colectividades humanas –pequeñas o grandes– será crucial para atender sus problemáticas específicas agravadas con la pandemia.

La dotación de información y conocimientos fiables, oportunos y válidos es primordial de cara a una entronizada *industria del pánico global*.

Sin esa información será imposible romper el círculo vicioso de la inmovilidad y del social-conformismo, pues en última instancia la pandemia es también una lucha estratégica por el control de las significaciones y la palabra; una lucha por subsumir la esperanza y maniatar el futuro de las sociedades contemporáneas. Ello es un rasgo más del *colapso civilizatorio* y solo la (re)construcción de la cultura ciudadana sustentada en el conocimiento razonado ayudará a trascender el lapidario *consenso pandémico*.

La ausencia de cooperación internacional: la pandemia ante la atomización de los Estados.

.El 24 de octubre la Organización de las Naciones Unidas (ONU) cumplió su 75 aniversario y lo hizo en medio de la vorágine de la *crisis pandémica* y del cambio de ciclo histórico acelerado con esta *crisis sistémica y ecosocietal* que apuntan a cambiar el conjunto de las formas de organización social.

En tanto red de sistemas complejos, la pandemia desnudó una de las contradicciones contemporáneas del sistema mundial: la ausencia de cooperación internacional y la atomización de la acción de los Estados para hacer frente a un *hecho social total* que, en principio, es epidemiológico y que conforme se profundiza muestra múltiples ramificaciones que desbordan ampliamente a las instituciones nacionales. Dichos Estados se estancaron en una inoperancia y postración, así como en una crisis de legitimidad de amplias magnitudes que socava la credibilidad de sus instituciones y también sus funciones estratégicas y modeladoras de la sociedad.

La cooperación internacional supone valores como la solidaridad, la unidad, la reciprocidad, la asociación, entre otros, que no son observados en un mundo fragmentado y carente de cohesión; movido por intereses creados y prejuicios ideológicos. Lejos de observar y concebir a la pandemia como sistemas complejos entreverados e intrincados, los Estados se muestran titubeantes y atónitos en sus funciones y acciones. Las élites políticas no sólo focalizan las intervenciones estatales, sino que son incapaces de imaginar y concebir los alcances sistémicos de la crisis sanitaria en tanto acelerador de otros procesos históricos de mayor alcance.

Particularmente, la ONU -en el contexto de la pandemia- no opera como un foro capaz de trazar mínimas estrategias rectoras que brinden luz a los Estados miembros en sus esfuerzos por atemperar la *crisis epidemiológica global*.

Esta red de organismos internacionales funge más como una serie de centros de investigación que ofrecen diagnósticos coyunturales sobre las implicaciones de la enfermedad Covid-19. No es tarea menor y estéril la del diagnóstico sistemático y razonado, pero la ONU está obligada a ir más allá al trazar directrices consensuadas de política pública de acuerdo al carácter específico que adopta la pandemia en las múltiples regiones y países. Es necesario que se erija en un foro articulador de negociaciones, esfuerzos concertados y acciones concretas.

La *construcción mediática del coronavirus* perfiló un *consenso pandémico* sostenido en supuestos infundados sobre un agente patógeno inédito y sobre las implicaciones de una enfermedad aún desconocida. Los mismos Estados fueron y son parte de la industria mediática de la mentira al instaurar en el imaginario social noticias falsas (fake news). Los organismos internacionales –entre ellos la Organización Mundial de la Salud (OMS)–, no sólo fueron incapaces de frenar esta *desinfodemia* –cuyos funcionarios mal denominan como infodemia– sino que encubren los alcances y contradicciones de ese fenómeno en la *era de la post-verdad*.

La ausencia de cooperación internacional y la inoperancia de la red de organismos internacionales se relaciona también con las luchas geopolíticas y geoeconómicas por la hegemonía del sistema mundial. Las relaciones políticas y económicas internacionales de la era post-pandemia estarán signadas por una especie de *triumvirato o hegemonía compartida* entre China, Estados Unidos y Rusia. Vista la pandemia –de manera errónea– por las élites plutocráticas y políticas como una guerra, la salida de esa vorágine discursiva y estratégica supondrá la reconfiguración de las relaciones de poder y la misma reestructuración del capitalismo. De ahí la importancia crucial de la elección presidencial del 3 de noviembre en los Estados Unidos. En esa elección se definirá el tipo de hegemonía que desea implantar esa potencia en las próximas décadas, así como el tipo de relación que tendrá con otras potencias y con los organismos internacionales.

Las luchas en torno a la hegemonía mundial atraviesan también por erosionar la noción misma de cooperación internacional. El gobierno de los Estados Unidos, por su lado, reconociendo los intereses privados que despliegan su poder en ciertos organismos internacionales reduce o retira el financiamiento público a estas entidades. En tanto que China ofrece, en medio del huracán de la pandemia, ayuda oficial de manera individual o bilateral con la finalidad de impulsar una geoestrategia que le permita posicionar sus inversiones y aprovechar el acceso a los recursos naturales, mercados e infraestructuras de múltiples naciones.

El rumbo de la ONU y de la red de organismos internacionales que le es consustancial, estará en función de las decisiones que tome China para ejercer su hegemonía y no es claro del todo si su poder se desplegará para controlar estas agencias.

La ausencia de cooperación internacional es parte consustancial del *colapso civilizatorio* que le da forma a la pandemia. Sin un ejercicio de la acción colectiva global, se debilitan o erosionan los mecanismos de regulación del capitalismo, la gestión de los bienes públicos globales, y la resolución de múltiples problemas públicos. La pandemia precisa de esa acción colectiva y no de la *atomización de los Estados*. Sólo los foros internacionales lograrán revertir el carácter faccioso del tratamiento de la crisis sanitaria y la gestión de un tema delicado como el de la vacuna. El proceso que le circunda a ésta adoptó costuras geopolíticas y se engarzó con las luchas por la hegemonía del sistema mundial, y ello deja en la indefensión a los Estados subdesarrollados y débiles que no cuentan con los presupuestos públicos para dotar a sus poblaciones del antiviral, ni con la capacidad de negociación ante el *big pharma*. Estas naciones no sólo no cuentan con el potencial para emprender la investigación básica que nutre a una eventual vacuna, sino que tampoco cuentan con la suficiente y sólida institucionalidad para hacer valer el derecho a la salud entre sus poblaciones.

La lucha por el control de la vacuna cruza por tres facciones del complejo del *big pharma*: la alianza anglófona entre Estados Unidos y el Reino Unido; Rusia y su vacuna Sputnik V y los esfuerzos chinos (a través de Sinopharm, CanSino y Sinovac). En ello no priva la cooperación internacional, sino la fragmentación de esfuerzos sujetos a la premura por inventar el antiviral que domestique al SARS-CoV-2. El hecho incontrovertible es que un solo complejo farmacéutico no logrará proveer más de 7,500 millones de dosis por lo que la asociación es fundamental. Fuera de foco queda la vocación preventiva de la vacuna, tras predominar una visión paliativa e inmunizadora de la misma.

Ni que decir de la ausencia de la cooperación internacional y de los organismos internacionales en ámbitos como la crisis de *hiperdesempleo* profundizada con las decisiones que le dieron forma al *confinamiento global* y con la *cultura del descarte*. La atención a los múltiples naufragos o víctimas de la pandemia es otro gran tema pendiente en el tratamiento de las relaciones internacionales. Las Naciones Unidas, desde su óptica, logran verbalizar en cierta medida y de manera parcial estos problemas públicos mundiales, pero no son capaces de coordinar las acciones ni de moderar a los poderes facticos que con sus decisiones y las estructuras de poder y riqueza que conforman drenan millones de excluidos a escala planetaria.

Las relaciones internacionales, aunque tienen su dinámica propia, están en función de la correlación de fuerzas en las escalas nacionales. Si ésta no es influida por el interés popular, continuará dislocada de la vida nacional en cuanto al perfil de sus decisiones, intervenciones y acciones intergubernamentales. Si las comunidades y poblaciones de los países miembros del Sistema de las Naciones Unidas y demás organismos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional no inciden en su curso y decisiones, estas tecnocracias transnacionales continuarán dando la espalda a las necesidades y problemáticas de la humanidad. Sólo así logrará revertirse el *consenso pandémico* entronizado, entre otras entidades, por la ONU y la OMS. Una ciudadanía informada de manera fiable y dotada de una cultura política sólida a escala mundial es fundamental para ello.

Lo emergente y la incertidumbre: la pandemia y la urgencia de pensar en tiempo real.

El advenimiento de la *era de la incertidumbre* impone a las sociedades contemporáneas el ingrediente de lo imprevisto o impredecible y rompe con el aparente sentido de seguridad y de lo dado de antemano y de una vez y para siempre. Ante ello, la realidad social es más un caudal de acontecimientos entrelazados que se presentan ante nuestros ojos como un maremágnum imparabile difícil de aprehender con el pensamiento y la palabra. En las ciencias sociales se habla de una transición de lo sólido (“todo lo sólido se desvanece en el aire”, señalaría Marshall Berman) a lo líquido (la modernidad líquida teorizada por Zygmunt Bauman). La pandemia y las decisiones e intereses creados que le son consustanciales, tienden a acelerar estas tendencias de las últimas décadas; al tiempo que dinamita las formas de pensar, imaginar, fabular, soñar, ser y hacer, y que se erigían en costumbres arraigadas.

A esta normalización de la incertidumbre contribuyó *el fin de la sociedad salarial* y la ruptura del pacto social entre el Estado, el capital y la fuerza de trabajo. No menos importante en su génesis fue la *orfandad ideológica* instaurada con el inicio de la crisis del liberalismo (1968) y la caída del Muro del Berlín (1989). El mismo *colapso civilizatorio* y la *crisis de la política* que le es consustancial, le dan forma a esa liviandad y al carácter efímero de la vida en sociedad.

La celeridad en las sociedades contemporáneas es una inédita condición de existencia y como todo ocurre en tiempo real, el individuo -imbuido en la prisa y el desenfreno cotidianos- pierde toda capacidad de azoro y sorpresa.

Más cuando los datos masivos que remiten a muertes, contagios o enfermos conducen al entumecimiento psicológico. Entonces se pierde la capacidad para dimensionar los problemas públicos y sus consecuencias. Ese cambio acelerado se torna cotidiano, monótono y se estandariza en la vida de las sociedades. Sin embargo, ello no nos exime de la urgencia de pensar razonadamente respecto a todo aquello que nos rodea y experimentan las sociedades. Por el contrario, la reflexión apremia y estamos obligados a pensar con mayor detenimiento, minuciosidad y rigor.

La pandemia nos impone esa urgencia de pensar en tiempo real, de aprehender el carácter dinámico, acelerado y contradictorio de los acontecimientos más allá del prejuicio, el negacionismo, el fanatismo, la mentira o la post-verdad. La *crisis pandémica* no es un fenómeno aislado, ni efímero, ni estrictamente epidemiológico. Es ante todo un *hecho social total* que exacerba y radicaliza la lógica del cambio de ciclo histórico gestado a lo largo de las últimas cuatro décadas. La pandemia es una *crisis sistémica y ecosocietal* de amplias magnitudes que se manifiesta como una red de sistemas complejos dotados de una densidad de componentes interrelacionados, que impactan el conjunto de las esferas de la vida social sin estar ajenos al conflicto y a la imposibilidad de predecir su curso y dinámica. Lo impredecible va de la mano del cambio social constante, irrestricto y acelerado; imposible escapar de esas inercias, más no así del carácter impostergable para aprehender conceptualmente su esencia, sentido y dinámica.

Por un lado, los individuos tienden a perder el control sobre su vida y sobre su entorno más inmediato (incluida su intimidad). Lo mismo ocurre -de manera magnificada- en la misma sociedad y el Estado, que se tornan incapaces de alcanzar niveles sofisticados de organización orientados a la resolución de los problemas públicos más inmediatos y lacerantes. Esta especie de claudicación se fusiona con la renuncia de las sociedades a cuestionar sus estructuras de poder, riqueza y dominación y con la entronización del social-conformismo. No menos importante es la capacidad humana para aceptar que todo aquello que ocurre en la cotidianidad no es como los imaginamos y proyectamos. Justo la pandemia rompe -una vez más- con la etnocéntrica ilusión del progreso y su carácter inexorable o inevitable en el devenir de la historia.

Más aún, se obvia la capacidad para cuestionar el curso de los acontecimientos y se instaura la resignación ante aquello que nos toma por asalto. La pandemia desnudó esa erosión de la capacidad humana para cuestionarse su curso y devenir e, incluso, el mismo *confinamiento global* desactivó las posibilidades de reflexión colectiva.

No es un problema de falta de neuronas, ni de atrofiamiento del cerebro humano sino que es otra más de las manifestaciones del *colapso civilizatorio* y de la *crisis de sentido* que mutila la capacidad para imaginar el futuro y para autorrepresentarnos como sociedad.

Para *pensar en tiempo real* es preciso partir de preguntas certeras que clarifiquen el nebuloso panorama que impone el intrincamiento de los acontecimientos. Si no existen las preguntas adecuadas se corre el riesgo de que toda posibilidad de respuesta sea lapidada y expuesta al calor de la trivialización y la *tergiversación semántica*. Quizás en la comprensión cabal de la pandemia las sociedades se encuentran huérfanas de esas preguntas mediadas por el rigor y la imaginación creadora. Caminar en sentido contrario a esto último amerita debates colectivos y capacidad para asumir al conocimiento como un proceso también colectivo y ajeno a los intereses creados. La tentación que imponen las redes sociodigitales no sólo nos instala en la inmediatez descontextualizada, sino también en la visceralidad espontánea y alejada de toda meditación razonada.

Una condición mínima para pensar en tiempo real en un mundo asediado por la pandemia es la necesidad de subordinar la emoción a la razón y tomar distancia del apocalipsis mediático que supone el consenso pandémico y la *construcción mediática del coronavirus*. Si el cauce del debate se conduce por la plaza pública digital no restan más opciones que las impuestas por el contagio de odio, la polarización, y la monopolización corporativa de las tecnologías de la información y la comunicación.

Esbozar las preguntas adecuadas y rigurosas contribuye a observar metódicamente la realidad, a refinar los argumentos, a enaltecer de rigor a la palabra y a desplegar acción social siendo consecuentes con el pensamiento. Ello es fundamental para evitar que la *dictadura de la mascarilla* termine por lapidar toda forma de imaginar el futuro y de crear y recrear los proyectos alternativos de sociedad. Al marginar el pensamiento en tiempos pandémicos el riesgo que se corre es el de erosionar la base institucional de una sociedad y la capacidad de ésta para resolver sus propias problemáticas.

Pensar en tiempo real supone aprender a convivir cotidianamente con el cambio repentino y acelerado. Apelar a la serenidad y tranquilidad es fundamental para argumentar de manera razonada, y si a ello le agregamos dosis para maravillarnos con lo que suele pasar desapercibido para las grandes audiencias y con la belleza en cualquiera de sus formas, las sociedades serán capaces de atemperar los impactos y efectos de las múltiples crisis, así como de aprestarse para asumir la resiliencia en tanto forma de vida para deconstruirse y salir de la catástrofe en cualquiera de sus manifestaciones.

Ante el fatalismo del delirio posmoderno que niega o relativiza toda posibilidad de verdad, es urgente re-pensar y re-hacer la misma noción de ese valor. Y ello sólo se logrará con el conocimiento mediado por la razón y el despliegue del rigor, el *pensamiento utópico* y la imaginación creadora. No es un asunto de mero academicismo puro, es ante todo una urgencia política y pragmática para escapar del *colapso civilizatorio* que se cierne sobre la vida cotidiana de las sociedades contemporáneas, y que amenaza con asfixiar a los individuos hasta conducirlos por los senderos de la inanición.

Consideraciones finales: la pandemia y el colapso civilizatorio ante la omisión y erosión de la espiritualidad.

Ante el fatalismo del delirio posmoderno que niega o relativiza toda posibilidad de verdad, es urgente re-pensar y re-hacer la misma noción de ese valor. Y ello sólo se logrará con el conocimiento mediado por la razón y el despliegue del rigor, el pensamiento utópico y la imaginación creadora. No es un asunto de mero academicismo puro, es ante todo una urgencia política y pragmática para escapar del colapso civilizatorio que se cierne sobre la vida cotidiana de las sociedades contemporáneas, y que amenaza con asfixiar a los individuos hasta conducirlos por los senderos de la inanición.

Una de las patas de palo de las sociedades contemporáneas es la erosión sistemática de la espiritualidad. Y por espiritualidad no precisamente entendemos la vocación humana por el ejercicio de la praxis religiosa o la creencia en una deidad o ser supremo aunque ambas se encuentran englobadas en aquella de una forma o de otra.

La espiritualidad remite a todos aquellos referentes simbólicos, éticos e intangibles que le otorgan sentido y contenido a la naturaleza humana y que sólo pueden representarse a través de nociones o conceptos abstractos mediante los cuales se piensa, se siente, se fabula, se imagina, se emociona o se despliega la capacidad intelectual. No es una entidad opuesta a lo material o corporal, sino que se amalgama y ambos se realimentan hasta conformar un todo indivisible más allá del paradigma cartesiano que tendió a separar a lo corporal de lo mental, a lo material de lo espiritual, a la naturaleza de la sociedad.

Justo en esta erosión sistemática de lo espiritual radica el *colapso civilizatorio* que campea sin freno ante nuestros ojos y que la misma pandemia desnuda de manera cruenta en su transcurrir.

Con la *crisis epidemiológica* global no sólo enferma el organismo sino que también el espíritu entra en terapia intensiva como esa dimensión abstracta del ser humano. Y es allí donde resulta preciso hacer un alto y no dar vuelta a la página de inmediato, pues estamos urgidos a pensar y repensar –más allá de toda ceremonialidad– en el carácter trivial que asume la vida en la era post-factual y de cara a la incertidumbre que asola a la humanidad.

Como lo relatamos en párrafos anteriores el *colapso civilizatorio* es, en efecto, político, económico, cultural, ambiental, teórico/filosófico e ideológico. Pero, ante todo, es espiritual. Y ello hace pender al ser humano de un hilo muy frágil que lo posiciona ante el desfiladero de su propia extinción tras privilegiar el ejercicio del *individualismo hedonista*, el social-conformismo y el mantra de lo monetario/material más allá de la satisfacción de las necesidades elementales.

La misma enfermedad del espíritu precedió a la pandemia y como humanidad no nos percatamos de ello. Ni asumimos que la erosión de esos referentes intangibles sitúa al ser humano en el extravío permanente y en el sendero de la autoinmolación como especie. Sin el cultivo de la espiritualidad, el ser humano sería incapaz de echar mano de la resiliencia, en tanto condición que le permite deconstruirse y rehacerse en medio de la adversidad y el desconcierto. La experiencia se nutre de crisis, pero éstas son vacías de aprendizaje si no persisten dosis espirituales. Pasan desapercibidas esas crisis y nos aplastan con su inercia y anquilosamiento.

Esta erosión de la espiritualidad es justo lo que abre paso al rayo galopante y al virus devastador del miedo que inmoviliza y agranda la vulnerabilidad humana ante la pandemia. La debilidad del espíritu condujo a que millones de seres humanos no solo vivan presos del coronavirus SARS-CoV-2, sino a que también vivan prisioneros de este miedo que mutó de sensación a estado permanente. *La gran reclusión* es también eso: el miedo a sí mismo, el miedo a la incertidumbre, el miedo al futuro mediato o inmediato, el miedo al contagio, el miedo a la posibilidad de la muerte, el miedo a caer en las garras de la pobreza y la miseria, el miedo al desempleo, el miedo a la hambruna, el miedo al desconsuelo, el miedo a no despedir por última vez al familiar muerto, el miedo a no ser capaces de escapar de ese mismo miedo que nos recluye, el miedo a pensar en alternativas de sociedad. Se trata de un miedo que se torna en psicopatologías como la angustia, la impotencia, la ansiedad, la tristeza, la depresión, entre otras. Si el sistema inmunitario de la espiritualidad tiene bajas sus defensas, entonces la propensión a enfermar de la mente y del cuerpo se desborda. De ahí que lo espiritual sea sinónimo de liberación en tiempos de asedio, dolor, sufrimiento e incertidumbre.

El inmediatismo –que va de la mano del consumismo, el falso confort y de la misma *ignorancia tecnologizada*– eclipsa toda posibilidad de reparar en el espíritu. Es más, lo nulifica, lo diezma, lo torna en una pieza de museo y en algo obsoleto y fútil. El mismo inmediatismo conduce a pensar que la causa última de las distintas crisis que padecemos es un agente patógeno microscópico, cuando este virus –en realidad– es la manifestación aparente de algo más profundo que está en la génesis de ese *colapso civilizatorio* de amplias magnitudes que es invisibilizado, encubierto y silenciado por la *construcción mediática del coronavirus* que hace del miedo el principal mecanismo de control social, de segregación, y de causa de muerte.

En medio del látigo de la pandemia, la lucha se despliega en torno a la “normalización de la muerte”; y la pobreza en estos tiempos atraviesa el sendero de la invisibilización. La pobreza es una enfermedad que se potencia con la pandemia, pero los efectos negativos y los principales naufragos de ésta solo se comprenden con la expansión de la pauperización social y la desigualdad extrema global. La pobreza impide el tratamiento del virus tras el contagio y, a su vez, segrega de toda posibilidad de atención y cuidados. La misma erosión del espíritu supone la indiferencia y el negacionismo en torno a una realidad donde la pobreza mata a millones de seres humanos al año como consecuencia de las hambrunas, las infecciones estomacales derivadas del uso de agua no potable, las gripes mal tratadas y otros padecimientos agravados por la falta de recursos y acceso a los cuidados básicos en los sistemas de salud desmantelados. Entonces el dolor y la pobreza que lo gesta se rigen por la simultaneidad y por su irradiación global. En medio de la era post-factual aflora la incredulidad y la desconfianza. Y ello contribuye a una mayor expansión del virus en medio de la soledad de los individuos, así como a debilitar los lazos y la cohesión social. Entonces esta erosión de la espiritualidad entrelaza una pandemia de dolor/vulnerabilidad, una pandemia de pobreza y desigualdad, y una pandemia por Covid-19.

Si la formación de la cultura ciudadana no se nutre de la espiritualidad, será vaciada de sustancia y deambulará en la simple apariencia. Solo esos referentes éticos profundos atenderán esas otras enfermedades que no son visibles ante nuestros ojos. La pandemia desnudó múltiples riesgos y crisis de distinta índole, pero sin el principio rector de la esperanza –del *pensamiento utópico*, como se mencionó en otro espacio– la humanidad no solo continuará extraviada ideológicamente y mutilada en sus capacidades para imaginar el futuro, sino también vaciada de toda mínima esencia espiritual que le oriente en su pensar, sentir, actuar y proceder.



CEEYPP

CENTRO DE ESTUDIOS EN
ESTRATEGIA Y POLÍTICAS
PÚBLICAS

Dr. Isaac Enríquez Pérez

Universidad Nacional Autónoma de México - UNAM

CEEYPP - Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas

info@ceeypp.org